

LAS MEMORIAS DE MAMÁ BLANCA, DE LA TRANSGRESIÓN A LA REBELIÓN SILENCIOSA

LAS MEMORIAS DE MAMÁ BLANCA, FROM TRANSGRESSION TO SILENT REBELLION

Rivas, Luz Marina*
Instituto Caro y Cuervo
Colombia

Resumen

Las memorias de Mamá Blanca, de Teresa de la Parra, es una novela que marcó un hito en la literatura venezolana por varias razones: la recuperación de la historia de las mujeres en clave de mito, tanto de las del pasado como las del presente de la narración, para las que se avizora una nueva libertad; la construcción de una mediación narrativa que se distancia de las novelas de su tiempo y permite la expresión de un lenguaje fluido, cercano a lo coloquial y la apropiación de la ironía para invertir el orden patriarcal.

Palabras clave: *Las memorias de Mamá Blanca*, narrativa de autoría femenina, Teresa de la Parra

Abstract

Las memorias de Mamá Blanca by Teresa de la Parra, is a novel that marked a milestone in Venezuelan literature for several reasons: the recovery of the history of women in the key of myth, both those of the past and those of the present of the narrative, for which a new freedom is on the horizon; the construction of a narrative mediation that distances itself from the novels of its time and allows the expression of a fluid language, close to the colloquial and the appropriation of irony to reverse the patriarchal order.

Key word: *Las memorias de Mamá Blanca*, female-authored narrative, Teresa de la Parra.

* Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela, Magíster en Literatura Latinoamericana y Doctora en Letras por la Universidad Simón Bolívar. Profesora Titular jubilada de la Universidad Central de Venezuela. Actualmente, es Coordinadora de la Maestría en Literatura y Cultura del Instituto Caro y Cuervo, en Bogotá. Autora de *La literatura de la otredad: cuentistas venezolanas 1940-1956* (1992), *La historia en la mirada* (1997), *La novela intrahistórica* (2000 y 2004), *Las mujeres toman la palabra. Antología de narradoras venezolanas* (2004) y *Otra tierra, otro mar. Antología de crónicas de la migración venezolana en Colombia* (2021), así como de más de alrededor de 70 artículos académicos. Sus intereses de investigación son la narrativa de autoría femenina, la relación entre historia y ficción, las literaturas del Caribe, de Colombia y Venezuela. <https://orcid.org/0000-0002-7412-4896>. Correo: luz.rivas@caroycuervo.gov.co

Finalizado: Colombia, Febrero-2024 / **Revisado:** Marzo-2024 / **Aceptado:** Abril-2024

-Siempre le pedí a Dios que entre los hijos me mandara siquiera una sola hijita. Como es terco y le gusta hacer milagros cuando no lo molestan, me la mandó ahora: a los setenta años. (*Las memorias de Mamá Blanca*, p. 318).

Llena de fe cristiana, trataba a Dios con una familiaridad digna de aquellos artífices de los primeros siglos de la Iglesia, quienes rebosantes de celo, para bien demostrar a los fieles la Ira Santa y la Sagrada Justicia del Señor, no vacilaban en tallarlos en piedra tirándose de las barbas o arrojando a Adán del Paraíso por medio de un acertado puntapié. Pero el Dios de Mamá Blanca no se indignaba nunca ni era capaz del menor acto de violencia. A menudo sordo, siempre distraído, presidía sin majestad un cielo alegre, lleno de flores en el cual todo el mundo lograba pasar adelante por poco que le argumentase o le llamasen la atención haciéndole señas cariñosas desde la puerta de entrada (p. 320).

Estos epígrafes, tomados de la *Advertencia inicial* de esa magnífica novela *Las memorias de Mamá Blanca*, de Teresa de la Parra, publicada por primera vez en francés y español en 1929, nos permiten abrir una lectura de esta novela en clave de género. El dios patriarcal de la tradición judeocristiana es destronado y sustituido, mediante una fina ironía, por una figura diferente, que, como la propia novela, permitirá la entrada a todo tipo de personajes, ninguno de ellos encasillados en las etiquetas de “buenos” o “malos”. Se trata de un paraíso muy especial, en el que la historia no se construye de manera maniquea, en el que los detalles y los matices, como explicaba su autora en las conferencias de Bogotá, son lo principal. Con frecuencia se ha dicho de *Las memorias de Mamá Blanca* que constituyen una especie de nostalgia por una Arcadia criolla, una forma de conservadurismo ideológico, para lo cual se enarbola como argumento el hecho de que en las mencionadas conferencias Teresa de la Parra presenta una idealización de la Colonia, lo que supondría dar la espalda al progreso y al feminismo.

Así opina, por ejemplo, Juan Carlos González Boixo (1988). Este autor intenta ver en la novela cierto desdén por la historia, críticas severas tanto a los conservadores como a los liberales en boca del primo

Juancho y una manera de ceder frente al poder, por la cercanía de Teresa a la dictadura de Juan Vicente Gómez. Para él, la representación de las luchas de montoneras dentro de la novela supone que Teresa de la Parra tomaba partido por la paz gomecista, aunque ésta fuera producto de la dictadura.

Por su parte, Julieta Fombona, en su trabajo introductorio a la edición de las *Obras completas*, de la Biblioteca Ayacucho nos dice, a propósito de *Ifigenia*, que Teresa de la Parra elige el mito porque la historia la excluye: “Sólo la prohibición, el sacrificio, puede decirle quién es. Tendida toda hacia el futuro, expectante, María Eugenia desemboca en el pasado, en la repetición del tiempo perdido a través del acatamiento de sus leyes” (XVII). Si bien, en *Ifigenia*, la protagonista tenía un gran afán de modernidad, esta tenía mucho de superficialidad y frivolidad. Al final, como lo explica Fombona, María Eugenia simplemente repite la historia de las novelas románticas que le contaba Abuelita. La mujer, parece decirnos Teresa, ha habitado siempre en el mito, pues se le ha negado la entrada a la historia.

En *Las memorias...* el mito se abraza como una estética, detrás de la cual es posible hablar de la historia de manera lateral. En efecto, un análisis de la historia, sin contar con las claves de una lectura de género, deja mal parada a nuestra autora. Más bien, podemos hacer una lectura del mito como una forma de las tretas del débil, de acuerdo con la formulación de Josefina Ludmer (1984). Es decir, así como Sor Juana Inés de la Cruz, con falsa modestia, escribió discursos filosóficos a través del género de la confesión, una de las pocas formas de escritura autorizadas para las mujeres, Teresa de la Parra da claves de la historia venezolana cifrándola como mito. De acuerdo con Josefina Ludmer, Sor Juana aceptaba su papel de subordinación escribiendo en el discurso autorizado y, desde este, elaboraba su rebelión. De esta manera, se construye el mito del paraíso infantil, la hacienda de Piedra Azul, donde había armonía

entre sus habitantes, donde la infancia de Blancanieves y sus hermanas transcurría entre juegos, visitas al chorrerón del trapiche y la llegada cada año de una hermanita nueva. Para las niñas, el mundo de la hacienda era perfecto, pero Mamá Blanca desde su vejez narra, como al margen, las múltiples fisuras de ese mundo perfecto que es el mito de Piedra Azul: las guerras civiles con bandos enfrentados por azar, según con cuál caudillo se asociaran los combatientes, la entrada de los mercados internacionales como fuertes competencias para los hacendados, como parte de un supuesto progreso, las injusticias sociales representadas en los peones y en Vicente Cochocho, por ejemplo, cuando el padre lo insulta con su nombre verdadero.

Con esta lectura, podría estar de acuerdo Velia Bosch (1983), quien a propósito del capítulo sobre Vicente Cochocho, con las referencias a su maltrato físico y moral nos dice: “Y es así como *Las memorias...* no me parece ni tan idílica, ni tan infantil como se ha querido clasificar. Sin dejar de ser poética está dentro del testimonio. A veces la autora utiliza el término protesta” (p. 119).

Volviendo a la consideración de González Boixo, sobre conservadurismo y desdén por la historia de Teresa de la Parra, cabrían muchos interrogantes sobre su supuesto gomecismo. El propio González Boixo cita de su diario la siguiente reflexión en la entrada correspondiente al 13 de enero de 1936: “Si el gobierno de Venezuela llegara a constituirse en forma legal y decente, me sentiría encantada aunque me perjudicara personalmente al perder la pensión.” (p. 229). Para Javier Lasarte (2007), en contraposición con la propuesta de la historia de Pedro Henríquez Ureña, arielista y cercana al positivismo, o la de Mariátegui, como vanguardia indigenista, la propuesta historiográfica de Teresa de la Parra, expresada en sus conferencias de Bogotá, es el rescate de ese sujeto excluido de la historia que es la mujer, una historia que incluya lo cotidiano, los detalles, como

aspectos centrales de una sociedad o cultura. Dentro del apacible mundo de los conventos coloniales podía florecer una Sor Juana Inés de la Cruz, quien a pesar de las limitaciones de su género, pudo escribir y manifestar la condición de la mujer en su tiempo. De ahí que no le interesen a Teresa, como le reclama González Boixo, los cambios bruscos en la historia, sino una natural evolución. Más bien, en *Las memorias...*, novela construida como el mito de la Arcadia perdida de la infancia, encontramos a la cabeza del paraíso que es la hacienda de Piedra Azul, no solo a ese Dios distraído con el que se comunica Mamá Blanca anciana en tono familiar, sino a un dios destronado, un dios desobedecido, el padre de las niñas, cuya primera transgresión era su nacimiento como mujeres. Esto le impedía a Juan Manuel perpetuarse en un heredero de su nombre y su apellido, es decir, a perpetuarse en la historia. Una mirada femenina invierte las leyes históricas del patriarcado. Nos dice la narradora que todo en Piedra Azul estaba dispuesto para servir a las siete niñas.

Vale la pena detenerse en la *Advertencia inicial* de la novela, en la que una joven escritora explica cómo ha recibido en herencia unos legajos de la anciana Mamá Blanca, con quien ella había entablado amistad en la niñez y que ahora ha decidido ordenar y editar los papeles, aun despojándolos de parte de la riqueza expresiva que tenían en su versión original. Para José Napoleón Oropeza (p. 87), esto constituye un hito en la narrativa venezolana, pues muestra una clara conciencia novelesca de la autora. La elección de un personaje ficticio como mediador separa a la autora del mundo narrado y lo constituye en un mundo autónomo. Dice Oropeza:

(...) desde el prólogo, con su advertencia comienza a jugar con el lector: nos insinúa desde ya un doble juego en busca de un autor (...) la novela pretende fijar la dulce mirada, la simple y sencilla visión con la cual Mamá Blanca veía las cosas. Bajo este fingido pretexto, Teresa de la Parra escribirá una novela con un lenguaje preciso, llano, casi directo, y por lo demás sin la “elaboración” con que se

venía trabajando la novela en su época” (pp. 84-85)

Podemos, en efecto, estar de acuerdo con esta aseveración, pero encontramos otro importante sentido en esa *Advertencia inicial*. Llama la atención que ella narra la amistad entre dos mujeres: una niña y una anciana. Una representa el futuro y otra representa el pasado. Una es una joven escritora (un *alter ego* de la autora), y otra es una matrona que ha cumplido largamente con sus funciones de madre y esposa. Sin embargo, le pasa el testigo a la joven, que ya no padecerá de la misma sujeción de sus antepasadas, porque es una profesional de las letras. Se puede observar, también, que en su vejez, Mamá Blanca ha conquistado libertades impensadas para muchas de sus congéneres. En su negativa a vivir en casa de sus hijos, bajo la sujeción de las nueras, llevando con dignidad su pobreza, Mamá Blanca hace su voluntad y, además, escribe.

Al darle sus memorias a la narradora, le entrega una historia con signo femenino, un mundo con el cual identificarse, que la joven escritora hará suyo, pues lo reescribirá. De esta manera, en clave de mito, la anciana Mamá Blanca le entrega su historia, que es la del país. Y ya no se trata de una historia masculina, porque en ese país también hay mujeres: la madre de las niñas, la nana Evelyn, las niñas mismas y las mujeres campesinas de la hacienda.

Resulta particularmente interesante la madre de las niñas, hija de la élite, de formación cristiana, que pare a una bebé cada año y que continúa con el *bovarismo* criollo, que Teresa de la Parra le atribuía a *Ifigenia* en sus conferencias de Bogotá. Así, esa madre le comunica su visión del mundo a su hija Blancanieves, contándole historias románticas frente al espejo, mientras la obliga a ser alguien diferente de quien es, le cambia su pelo liso por los moñitos de pelo rizado, la llama Blancanieves siendo trigueña, la lleva a encarnar un ideal femenino ajeno, del que Mamá Blanca se ríe con ternura en su vejez.

La niña se creará todas esas historias como, a su vez, lo hizo también María Eugenia Alonso, en *Ifigenia*.

También están las mujeres del campo, aquellas que eran felices viviendo en concubinato hasta que el matrimonio obligado por la patrona cambia a sus hombres, que dejan de ser buenos; la maravillosa Evelyn, inmigrante trinitaria, que habla sin artículos; las distintas hermanitas cuyas personalidades difieren de sus nombres, como la aguerrida Violeta, desmitificadora de las historias románticas que le producen ensoñaciones a Blancanieves. En el mundo variopinto de la hacienda tienen también representación los subalternos: los niños que piden papelón para el guarapito de la noche en el trapiche; Daniel, el vaquero que les canta a las vacas y les pone nombres parecidos a los de las niñas (al fin y al cabo, según la tradición, la hembra está cerca de la naturaleza y el varón de la civilización); el paupérrimo Primo Juancho, a quien sus saberes no lo salvan y, sobre todo, Vicente Cochocho, el peón más humilde, el que hablaba con un español del Siglo de Oro.

La memoria de quienes no tienen el poder de cambiar la historia encuentra su correlato en la intrahistoria unamuniana. Esta es la historia que cuenta Teresa de la Parra y, de paso, lo hace con un lenguaje cantarino, el lenguaje oral de todos los días, salpicado de diminutivos, de regionalismos, que hacen suyos los personajes, pero por una programada decisión de la autora, que encuentra en las muchas hablas poesía cotidiana, por lo cual el lenguaje de la narradora no difiere mucho de los personajes. Hay reflexiones magistrales en la novela sobre la musicalidad de la lengua oral:

Si yo fuera novelista de talento (dos humildes suposiciones) impondría la siguiente innovación en la novela: antes de comenzar un diálogo cualquiera tendría siempre un pentagrama sobre mi página. A la izquierda como de costumbre: clave, tono y mediada; luego los compases con notas y accidentales, y abajo el texto: lo mismo que para el

canto. Con un poco de solfeo que supiera el lector no tendría son que tomar el libro con la mano izquierda, llevar el compás con la derecha canturreando y ¡listo! El personaje habría hablado de veras (p. 366).

Esta manera de comprender la oralidad está lejos de la distancia galleguiana entre narrador y personajes. Se acerca con mucho a las escrituras heterogéneas de las décadas siguientes.

Así, de manera aparentemente inocente, se manifiesta la rebeldía silenciosa de una escritora mujer, escribiendo con un lenguaje familiar y cercano y dando voz a las mujeres que se muestran en su cotidianidad, y con un fino humor, se va deconstruyendo el orden patriarcal.

Finalmente, con *Ifigenia* y *Las memorias...*, Teresa de la Parra inaugura una subjetividad femenina que habla desde un “yo” en la novela venezolana, así como una tradición de la memoria que veremos expresada en escritoras como Antonia Palacios, Laura Antillano, Milagros Mata Gil, Ana Teresa Torres, Velia Bosch, Michaelle Ascencio, Carmen Vincenti y otras muchas. La recuperación de la historia de las mujeres mediada por la ficción será otra manera de comprender el país.

Referencias bibliográficas

- Bosch, V. (1983). *Lengua viva de Teresa de la Parra*. Caracas. Pomaire.
- Fombona, J. (1992). “Teresa de la Parra. Las voces de la palabra”. En Teresa de la Parra. *Obra (Narrativa, ensayos, cartas)*. Caracas. Biblioteca Ayacucho. Disponible en <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20191121011157/Obra.pdf>
- González Boixo, J. C. (1988). “Feminismo e ideología conservadora”. En Teresa de la Parra, *Las memorias de Mamá Blanca* (pp. 223-235). Edición crítica Velia Bosch, Coordinadora. Unesco, Colección Archivos, Madrid, segunda edición.

Oropeza, J. N. (1984). *Para fijar un rostro. Notas sobre la novelística venezolana actual*. Caracas. Vadell Hermanos Editores.

Parra, Teresa de la (1992). *Obra (Narrativa, ensayos, cartas)*. Caracas. Biblioteca Ayacucho.

Disponible en <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20191121011157/Obra.pdf>

Lasarte Valcárcel, J. (2007). “Masculino/femenino. Representaciones de la historia en Pedro Henríquez Ureña y Teresa de la Parra”. *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, vol. 15, n.º 30, pp. 411-434. Disponible en <http://www.revestudio.ll.usb.ve/PDF/30/Lasarte.pdf>

Ludmer, J. (1984). “Las tretas del débil”. En Patricia Elena González y Eliana Ortega (eds.). *La sartén por el mango. Encuentro de Escritoras Lationoamericanas* (pp. 47-54). Puerto Rico. Ediciones Huracán.